

El instante poético o la búsqueda del presente perpetuo

Qué importa el tiempo sucesivo si en él hubo una plenitud, un éxtasis, una tarde.
Jorge Luis Borges

Y todo transcurrir no es más que un punto.
Roberto Juarroz

Al recoger su premio Nobel en 1990, Octavio Paz no dudó en dedicar su discurso a «la búsqueda del presente» en que se sustenta toda su producción literaria. Sin rechazar el futuro, aunque tratando el *progreso* y el *porvenir* desde una perspectiva crítica, el poeta y ensayista mexicano defendió, como lo hizo - explícitamente unas veces, de manera velada otras- en la mayoría de sus obras, ese tiempo, ese pájaro que se desvanece cuando tratamos de alcanzarlo, ese presente puro, el único que la percepción humana es capaz de captar: el instante. Accesible solo para algunos, el instante escapa a la historia, sobrevuela el tiempo horizontal, desafía la circularidad mítica y encarna, tan solo, en la poesía y en el amor. Poema y unión amorosa desafían toda concepción temporal previa, fundiendo en el *ahora* el pasado, el presente y el futuro.

Hasta llegar a Paz, sin embargo, la aporía del tiempo ha sido objeto de estudio por parte de físicos, filósofos y poetas desde la Antigüedad. Edmund Husserl postula, en sus *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, una doble realidad temporal: de un lado, el tiempo objetivo; del otro, el tiempo inmanente al curso de la conciencia. El primero es un tiempo compartido «constituido por la intersubjetividad trascendental» (Kretschel, 2013: 181), esto es, el tiempo del mundo objetivado a través de la empatía; el segundo, en cambio, está supeditado a los procesos fenomenológicos de «impresión inmediata», «retención» y «anticipación»: nuestra percepción no sería unidireccional sino que se bifurcaría hacia tres horizontes intencionales, esto es, pasado, presente y futuro de lo percibido. La simultaneidad inferida de la triple direccionalidad de la percepción es similar a la que define al *aión* de la antigua Grecia, concepción del tiempo en la que confluyen, en el presente, un pasado recuperado por la memoria y un futuro proyectado por la imaginación.

Entre estos dos momentos de la reflexión filosófica acerca del tiempo muchas han sido las posturas en torno al problema de la temporalidad. Aristóteles, a diferencia de Platón –para quien el tiempo es una imagen móvil de la eternidad–, afirma que tiempo y movimiento son inseparables puesto que «el tiempo es el número del movimiento» (Conde Soto, 2012: 13). Entendido como fenómeno subjetivo, San Agustín se aleja de la concepción de Aristóteles –que lo concibe como manifestación exterior– e

inscribe el tiempo en el alma, donde confluyen la memoria, la visión y la espera. Discípulo de Husserl, Martin Heidegger defiende, en sus conferencias sobre *El ser y el tiempo*, que la vida humana del *Dasein* «no acontece en el tiempo, sino que es el tiempo mismo» (2009: 85). Para el filósofo alemán, el tiempo del reloj, el tiempo terrestre, «no es nada más que nuestra misma convivencia, el tiempo que somos en común» (2009: 87). No es el propósito de este trabajo desentrañar el concepto de tiempo que Octavio Paz contempla, pues él mismo afirma no saber cuál sea su forma; el objetivo es tratar de acotar la idea que el mexicano tiene del *tiempo poético* a través tanto de sus poemas como de sus escritos ensayísticos y ponerlo en relación con las principales tesis acerca de la percepción temporal del ser humano.

La defensa del instante que lleva a cabo Octavio Paz no se inscribe en el tiempo de la historia. Para él, no se trata de detener la progresión y apresar un *ahora* en la sucesión temporal; cualquier intento sería inútil y desembocaría en la frustración y el desgarró, en la melancolía más profunda. Pensemos en Baudelaire, a quien le tocó vivir, como afirma Sartre, «en una época que acababa de inventar el porvenir» (1984: 108); el poeta maldito persiguió la modernidad y descubrió «que no es sino tiempo que se deshace entre las manos» (Paz, 1991). Para Paz, como para Baudelaire, «el futuro es un tiempo falaz que siempre nos dice ‘todavía no es la hora’ y que así nos niega» (1970: 96). El tiempo cronométrico encarna, asimismo, la voracidad que arrasa con todo lo vivido:

Abre simas en todo lo creado,
Abre el tiempo la entraña de lo vivo,
Y en la hondura del pulso fugitivo
Se precipita el hombre desangrado.
¡Vértigo del minuto consumado!
En el abismo de mi ser nativo,
En mi nada primera, me desvivo:
Yo mismo frente a mí, ya devorado («La caída», I, vv. 1-8)

Estoy dentro del ojo: el pozo
donde desde el principio un niño
está cayendo, el pozo donde cuento
lo que tardo en caer desde el principio,
el pozo de la cuenta de mi cuento
por donde sube el agua y baja
mi sombra («Pasado en claro», vv. 61-67)
Roza mi frente con sus manos frías
el río del pasado y sus memorias
huyen bajo mis párpados de piedra.
No se detiene nunca su carrera
y yo, desde mí mismo, lo despido («Cuarto de hotel», II, vv. 1-5)¹³

En terminología de Heidegger, el ser-ahí es un ser para la muerte; nacer es morir, es iniciar la caída en ese *pozo*, el tiempo del calendario, al que somos arrojados desde nuestro tiempo original, primitivo; la implacable vida se reduce a contar lo que tardamos en caer, a contemplar nuestra carrera hacia la muerte. Ese tiempo original, ese «presente sin fisuras» que el ser humano experimenta durante sus primeros años –unos años, los de la infancia, en que la temporalidad se percibe únicamente a través de los sentidos–, es reemplazado por el tiempo objetivo marcado por el reloj. Esta expulsión del presente,

¹³ Todos los poemas citados en el trabajo están extraído de *Libertad bajo palabra* (1974) y *Salamandra* (1969).

como Paz la denomina en su discurso de aceptación del Nobel, «es una experiencia que todos hemos sentido alguna vez; algunos la hemos vivido primero como una condena y después transformada en conciencia y acción» (Paz, 1991).

Reivindica Saúl Yurkiévich el deseo paciano de «volver al tiempo del origen, al reversible y recuperable del eterno retorno, tiempo paradigmático, no el lineal y prospectivo de la historia sino el vertical» (1989: 102). Discrepo con Yurkiévich en la equivalencia entre el tiempo circular y el vertical que se desprende de su afirmación. Según el crítico argentino, la búsqueda del presente que lleva a cabo Paz estaría dirigida a la recuperación del tiempo circular o vertical, constituyendo ambos, indistintamente, la temporalidad pura y primigenia, pero ambas concepciones no son equivalentes. En su obra se reconoce la herencia mítica del eterno retorno, es cierto; siempre asociada o, mejor, en oposición, al suceder histórico, esta idea aparece en poemas como «Noche en claro» («el tiempo daba vueltas y vueltas y no pasaba / No pasaba nada sino el tiempo que pasa y regresa y no pasa», vv. 53-54); o *El mono gramático* («el tiempo transcurre y no transcurre. Estas seis de la tarde son desde el origen las mismas seis de la tarde y, no obstante, los minutos suceden a los minutos con la regularidad acostumbrada» (1997: 114). «Piedra de sol» constituye el ejemplo paradigmático del enfrentamiento entre circularidad y linealidad, ya que, a pesar de que el poema opera «sobre la significación universal del mito, ampliada y enriquecida con la significación azteca», esta se inscribe en una temporalidad histórica (Sucre, 1989: 54). De este modo, Paz logra fundir circularidad mítica y linealidad occidental, desprendiéndose de ello «la idea –como experiencia vital, pero también histórica- de un instante que es eternizado» (Zabalgoitia, 2013: 308, 313). En «Piedra de Sol», el sujeto lírico logra rescatar el instante, aislarlo del devenir a través de la fijeza momentánea que constituye el acto poético (Pacheco, 1989: 73). Esta fijeza móvil es la paradoja que define al objeto de deseo de Octavio Paz; no el tiempo mítico, como opina Yurkiévich, ni el lineal, sino un tiempo inaccesible que brota en el momento de la revelación; la confluencia de todos los tiempos en un *ahora*: el «instante eléctrico», el tiempo vertical. Escribe Octavio Paz que en el amor, como en la poesía, «participamos de una verdadera conjunción. Ayer, hoy y mañana se resuelven en una presencia. Durante un instante o un siglo esta experiencia nos hace vislumbrar en el cambio la identidad y la permanencia en el transcurrir» (2014: 4).

Este paradigma domina la totalidad de su producción poética y ensayística: la defensa del presente perpetuo que ensalza en poemas como «Conscriptos USA» («No durar: ser eterno, / labios en unos labios, / luz en la cima de la ola, viva, / soplo que encarna al fin / y es una plenitud que se derrama. / Ser eterno un instante, / vibración amarilla del olvido», 2, vv. 9-15), «Apuntes del insomnio» («En la cima del instante / me dije: “ya soy eterno / en la plenitud del tiempo”. / Y el instante se caía / en otro, abismo sin tiempo», 2, vv. 1-5); o «La sombra» («Nada fue ayer, nada mañana, / todo es presente, todo está presente», vv. 29-30) encaja completamente en la concepción temporal que Gaston Bachelard postula en *La intuición del instante*. Para el filósofo francés, la temporalidad es esencialmente discontinua y su duración es un producto elaborado por la memoria que, en su deseo de

revivir, enlaza los instantes: «[el tiempo] es un polvo de instantes, mejor aún, un grupo de puntos en que un *fenómeno* de perspectiva solidariza de manera más o menos estrecha» (1999: 31). Bachelard, asumiendo las teorías que Gaston Roupnel expone en su obra *Siloe*, afirma lo que posteriormente reivindicará Paz: «el tiempo es el instante, y el instante presente tiene toda la carga temporal» (1999: 46).

Esta idea de presente perpetuo que enmarca, para el mexicano, tanto la revelación poética como la erótica se aleja de la concepción lineal del tiempo propia del historicismo: «el planeta entero –afirma Paz– cree en la historia como un avance continuo [...] El culto al progreso es la creencia básica del hombre moderno» (2014: 4). Pero el hombre no es un ser de progreso, sino de regreso; un regreso entendido no como una mirada al pasado sino como vuelta a uno mismo. «La verdad, pues –afirma Pere Gimferrer–, no está en la idea, sino en el hombre concreto; no en la temporalidad de la Historia, puramente abstracta, sino en la del instante, idéntico al sustrato común que discurre bajo la Historia» (1980: 100). Si la poesía es penetrar en el ser, esa entrada se produce gracias al instante en que «presentir» y «recordar» –esto es, imaginar– llevan al lector a su origen, a su unidad; un instante en que en el ser se funden pasado, presente y futuro: esa es la revelación, la epifanía, el esplendor. El ser humano, que fue una vez hijo de ese «manar continuo de un presente fijo», ha dejado de «coincidir con el fluir de la realidad» (Paz, 1973: 188) para supeditarse al *chronos*, al tiempo marcado por las agujas del reloj y solamente regresa a esa unidad perdida y deseada a través del instante que tan solo el amor y la poesía revelan. Sin embargo, su naturaleza es paradójica: «ser el punto más alto de la marea temporal, la intensidad extrema del tiempo y, en el mismo movimiento, su anulación» (Paz, 1965: 125). La sucesión no se detiene, sino que se abre, mediante el poema o la unión erótica, un paréntesis en que se disuelven los antagonismos y surge la pura presencia. El instante poético es capaz, como la risa de Esplendor en *El mono gramático*, de recrearse y revivirse continuamente: «miro a esplendor y a través de su rostro y de su risa me abro paso hacia otro momento de otro tiempo y allá en una esquina de París oigo la misma risa. Y esa risa se superpone a la risa que oigo aquí, en esta página» (1997: 114). Del mismo modo, el instante epifánico permite al lector re-recrear el tiempo recreado previamente por el poeta mediante sus versos: el instante, como la risa de Esplendor, se actualiza en cada acto de lectura. «La poesía –afirma Bachelard– es una metafísica instantánea» (1999: 93); sin prólogos ni preámbulos, tiene la capacidad de quebrar la linealidad y reunir en un único instante las simultaneidades y antítesis más alejadas posibilitando al ser, de una vez por todas, el retorno a su unidad primitiva trascendiendo «el devenir de los otros, el devenir de la vida y el devenir del mundo» (1999: 95). El tiempo poético no se sucede: se eleva o se hunde, brota, irrumpe una y mil veces con cada nueva lectura.

Solo bajo esta percepción del tiempo como pura verticalidad puede Paz declarar la desaparición del autor: «escribir un poema es descifrar al universo sólo para cifrarlo de nuevo. El juego de la analogía es infinito: el lector repite el gesto del poeta: la lectura es una traducción que convierte al poema del poeta en el poema del lector» (1974: 107). La palabra poética, como apunta Gimferrer, tiene la capacidad de «fijar el instante» (1980: 90); cada lectura recupera dicha fijeza y la actualiza, el lector recrea

el mundo cifrado por el poeta y, de este modo, se recrea a sí mismo: el significado del poema, entonces, no recae en la intención del poeta sino en la intención que despierta el poema en el lector. Así, la revelación solo puede inscribirse en esa verticalidad defendida por Bachelard, pues la simultaneidad, la fusión armónica de contrarios que genera ese instante eléctrico, no puede concebirse como algo sucesivo –la antítesis no puede segmentarse en un antes y un después– sino sincrónico.

Sin embargo, ni poeta ni lector son los verdaderos autores del poema: diez años antes de que Roland Barthes proclamara, en su artículo póstumo «La muerte del autor»¹⁴, «la necesidad de sustituir por el propio lenguaje al que hasta entonces se suponía que era su propietario» (1968), Paz ya concebía a autor y lector como «dos momentos existenciales del lenguaje» (1974: 107). La escritura poética es la única capaz de tender puentes entre ‘esto’ y ‘aquello’ estableciendo correlatos objetivos entre ambos y posibilitando la localización de una «emoción intensa» o de un «momento de revelación» cifrado en ese instante que cada nueva lectura reactualiza (Culler, 1975: 249). Entonces, el poema, la obra de arte, solo se constituye mediante el proceso de recepción, y con cada nueva recepción; sin ella no hay experiencia estética y, por ende, no hay obra de arte: el poema solo existe en la recepción y es mediante la experiencia estética cómo el lector o el oyente puede acceder al instante epifánico y, por consiguiente, encontrarse consigo mismo. Tal y como lo describe Rounpel en *Siloe*,

el Arte es la escucha de esa voz interior. Él nos trae el murmullo escondido. Él es la voz de la conciencia sobrenatural que reside en nosotros sobre el fondo inalienable y perpetuo. Él nos devuelve al sitio primordial de nuestro Ser y al lugar inmenso donde estamos en el Universo entero (Bachelard, 1999: 91).

El universo se descubre ante el receptor en ese instante vivido en la experiencia estética; «síntesis sentimental de los contrarios» (Bachelard, 1999: 91), el instante poético, tal y como Paz lo concibe, solo puede inscribirse en el tiempo vertical, el único en que el poeta puede armonizar las oposiciones que conforman al ser, experimentar a la vez los secretos del universo y del alma, y cifrar su misterio; misterio que solo podrá ser descifrado en ese instante, el de la experiencia estética, en que el receptor logra sustraerse a la horizontalidad temporal y recobrar la fijeza momentánea que yace en el fondo de todo poema, de toda obra de arte, y todo lo que esta esconde. Porque, como concluye Gimferrer, «cualquier poema se encamina a suscitar este instante de revelación, que sólo existe porque existe el poema; la lectura de cualquier poema es un itinerario hacia el instante de la fijeza, en que la conciencia se ve a sí misma al ver el instante» (1980: 34).

Bibliografía

- BACHELARD, G. (1999): *La intuición del instante*, México: Fondo de Cultura Económico.
BARTHES, R. (1968): «La muerte del autor», consultado en línea en <http://www.cubaliteraria.cu/revista/laetradelescriba/n51/articulo-4.html>.
CONDE SOTO, F. (2012): *Tiempo y conciencia en Edmund Husserl*, Santiago de Compostela: USC.
CULLER, J. (1975): *La poética estructuralista*, Barcelona: Anagrama.
GIMFERRER, P. (1980): *Lecturas de Octavio Paz*, Barcelona: Anagrama.

¹⁴ Escrito en 1968 pero publicado póstumamente en *Le bruissement de la langue*, en 1984.

- HEIDEGGER, M. (2009): *Tiempo e historia*, Madrid: Trotta.
- KRETSCHEL, V. (2013): «El proceso de objetivación del tiempo fenomenológico», en *Thémata. Revista de Filosofía*, n. 47, pp. 165-183.
- PACHECO, J. E. (1989): «Descripción de *Piedra de Sob*», en Pere Gimferrer (ed.), *Octavio Paz*, Madrid: Taurus, pp. 69-79.
- PAZ, O. (1965): *Cuadrivio*, México: Joaquín Mortiz.
- _____ (1973): *El laberinto de la soledad*, México: Fondo de Cultura Económico.
- _____ (1997): *El mono gramático*, Barcelona: Planeta.
- _____ (1974): *Libertad bajo palabra*, México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1974): *Los hijos del limo*, Barcelona: Seix Barral.
- _____ (1969): *Salamandra*, México: Joaquín Mortiz.
- _____ (1975): *Pasado en claro*, México: Fondo de Cultura Económico.
- _____ (1970): *Postdata*, México: Siglo XXI.
- _____ (1991): «La búsqueda del presente», en Tore Frängsmyr (ed.), *Les Prix Nobel. The Nobel Prizes 1990*, Stockholm: Nobel Foundation. Consultado en: http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1990/paz-lecture-s.html
- _____ (2014): «Un animal que imagina. Conferencia dictada por Octavio Paz en el Colegio Nacional de México el 18 de marzo de 1975», en *Babelia*, pp. 4-5.
- SARTRE, J. P. (1984): *Baudelaire*, Madrid: Alianza.
- SUCRE, G. (1989): «La fijeza y el vértigo», en Pere Gimferrer (ed.), *Octavio Paz*, Madrid: Taurus, pp. 45-68.
- YURKIEVICH, S. (1989): «Octavio Paz, indagador de la palabra», en Pere Gimferrer (ed.), *Octavio Paz*, Madrid: Taurus, pp. 96-117.
- ZABALGOITIA, M. (2013): *Fantasmas de la nueva palabra. Representación y límite en literaturas de América Latina*, Barcelona: Icaria.



Para Paz, durante la infancia la temporalidad se percibe únicamente a través de los sentidos; posteriormente, este tiempo original es reemplazado por el tiempo objetivo marcado por el reloj. *Tinta y collage*, de Laura Giordani.